

raleza, y con la educacion grosera que me dió mi padre.

— No os entiendo, caballero, respondió Peveril, quien, reconociendo la necesidad de contestar algo, se hallaba incapaz de dar otra respuesta mejor.

— Sí, señor, repuso Bridgenorth con el mismo aire de frialdad y tono irónico; doy á vm. las gracias por haberme enseñado que el olvido de los derechos de la hospitalidad, la falta de buena fe y otros tales pecadillos, pueden alojarse en el corazon, y manifestarse en la conducta del heredero de una familia noble, que cuenta veinte generaciones. Es una gran leccion para mí, señor mio, porque yo habia creido hasta hoy, como el vulgo, que la nobleza de la sangre producía la nobleza del alma.

Pero la cortesía es tal vez una calidad demasiado caballeresca para que la usen los nobles en las relaciones que pueden tener con un fanático Cabeza-Moronda como yo.

— Mayor Bridgenorth, replicó Julian, lo que ha podido pasar en esta entrevista, ó que haya podido disgustaros todo ha sido

efecto de la crisis momentanea. Nada fué con premeditacion.

— Ni tampoco la cita, supongo yo, dijo el mayor con la misma serenidad. Vm. ha venido aqui desde Holm-Peel, mi hija ha venido desde Blackfort paseándose, ¡y por acaso se reunieron ambos junto á la roca de Goddard-Crovan! Mozo, no se degrade vm. justificándose de este modo, es algo mas que inutil. Y tú, muchacha, á quien el recelo de perder un amante ha podido conducirte hasta casi descubrirlo que pudiese haber costado la vida á tu padre, vuélvete á casa; yo te hablaré mas despacio, y te enseñaré á practicar los deberes que parece has echado en olvido.

— Por vida mia, señor mio, dijo Julian, vuestra hija no tiene porque arrepentirse de haberos ofendido en algo. Ha resistido á todas las ofertas que la violencia inconsiderada de mi pasion me ha inspirado hacer.

— ¿ Con que yo no debo creer haya vm. venido á este sitio retirado por una invitacion particular hecha por Adelaida? dijo Bridgenorth.

Peveril no sabia que responder, y el mayor

hizo entonces á su hija una seña para que se retirara.

— Obedezco, padre mio, respondió Adelaida, que habia tenido tiempo de reponerse de la sorpresa extrema en que se vió; pero al cielo pongo por testigo, que vm. es injusto si me piensa capaz de revelar sus secretos, aun cuando se tratara de salvar mi vida y la de Julian. Yo sé de cierto que vm. va por sendero peligroso; pero vm. lo hace con pleno conocimiento, y vm. puede calcular el valor de los motivos. Mi único deseo fué impedir que se expusiera este joven ciegamente á los mismos peligros, y yo tenia derecho para advertírsele, pues que yo le inspiré los sentimientos de que se deja cegar.

— Muy bien, ¡muchacha! Ya dijiste cuanto tenias que decir; retírate y déjame acabar la conferencia comenzada por vosotros con tanto acierto.

— Me marcho, padre mio.— Julian, á vm. me dirijo por último, y lo mismo le diré al dar el último suspiro: á Dios, y prudencia.

Retiróse al decir esto internándose entre los matorrales, y desapareció.

— Esa es una muestra verdadera de lo que son las mugeres, dijo el mayor, viendo que se alejaba. Pondrian la causa de las naciones en peligro, antes que un cabello de la cabeza de un amante. Y vm. sin dada, señor Peveril, ¿vm. es de su opinion, que el mejor amor es el que no expone á peligro alguno?

— Si no tuviera yo sino peligros que temer, respondió Julian muy sorprendido del tono suave con que le hacia esta observacion el mayor Bridgenorth, hubiera muy pocos que no me resolviese arrostrar para..... para merecer vuestra aprobacion.

— O mas bien para lograr la mano de mi hija, dijo el mayor. Muy bien, joven, una cosa me ha gustado en su conducta, aunque tengo mas de una razon para quejarme; sí, una cosa me ha gustado. Vm. ha saltado esa empinada barrera del orgullo aristocrático donde su padre de vm. y probablemente los suyos estaban presos como en el recinto de una fortaleza feudal; vm. la ha saltado, digo,

y se ha mostrado dispuesto á formar alianza con una familia despreciada por su padre como baja é innoble.

Por muy favorable que pareciese á Julian este discurso, con relacion á sus deseos y proyectos, daba él á conocer de tal modo cuales serian, con respecto á sus padres, las consecuencias del logro de sus deseos, que se convenció le era muy difícil responder. Viendo, con todo, que Bridgenorth parecia determinado á esperar con paciencia su respuesta, reunió bastante ánimo para responderle diciendo: — Los sentimientos que tenga concebidos por vuestra hija, señor mayor, son de una especie tal que podrian acallar á las consideraciones que yo miraria en otro caso muy dignas de atencion la mas respetuosa. No trato de ocultaros que las preocupaciones de mi padre se opondrian con vigor contra un matrimonio semejante, pero creo firmemente, que cuando llegase á conocer el mérito de Adelaida, y convencerse de que sola ella podia formar la dicha de su hijo, acabarian todos sus reparos por desvanecerse del todo.

— Entre tanto quiere vm. contraer la union que propone sin el consentimiento de sus padres, salvo el hacer que la aprobaran despues. ¿No es así como yo debo entender la proposicion que acaba de hacer á mi hija?

La naturaleza humana y las pasiones de los hombres tienen tantas vueltas, tan irregulares é inciertas, que aun habiendo propuesto Julian pocos minutos antes á Adelaida consintiera en casarse con él de secreto y acompañarle en su viaje al continente, como único medio de asegurar la dicha de toda su vida, no le presentó ya esta proposicion las mismas ideas de felicidad, cuando la oyó salir de boca del mayor en tono tranquilo, frío y como el de un dictador. No sonó ya en sus oidos como la expresion de una pasion fogosa que cierra los ojos para no ver ni considerar nada, sino como el sacrificio de toda la dignidad de su familia, hecho á un hombre que parecia mirar su posicion que mostraba á Bridgenorth triunfante de Peveril. Quedóse mudo por un momento, buscando en vano términos propios para expresar su condescendencia á lo que acababa

de decir el mayor, conciliando su respeto para con sus padres y lo que debía con respecto al honor de su familia.

Esta dilacion infundió sospechas en Bridgenorth, inflamáronsele los ojos, tembláronle los labios y exclamó airado. — ¡Joven! no use de tergiversaciones en este negocio, si no quiere vm. le mire como un malvado detestable que intentaba seducir á mi desgraciada hija por medio de una promesa sin ánimo de cumplirla. Como yo pueda solamente llegarlo á sospechar, ya verá vm. si todo su orgullo y genealogía pueden librarle de la justa venganza de un padre.

— Juzgais mal de mí sin causa, señor mayor, y con tanta injusticia que mas no puede ser. Soy incapaz de tal infamia. La proposicion que tengo hecha yo á vuestra hija era tan sincera como la que pudo haber hecho jamas un hombre á una muger. Si me detengo en responderos, es porque juzgais necesario hacerme sufrir un interrogatorio tan exacto, y que pensais conocer mis sentimientos y proyectos en

toda su extension, sin darme la menor explicacion sobre los vuestros.

— Con que su proposicion de vm. se reduce á esto: Conviene vm. en llevarse desterrada á un pais extranjero mi única hija, y en darle un derecho á la ternura y proteccion de una familia que la despreciará, como sabe vm. muy bien, á condicion de que yo consienta en concederle su mano con una fortuna suficiente para igualar á la de sus antepasados, cuando mas razon tenian para estar orgullosos de sus riquezas. No habria igualdad en este contrato. Y con todo, continuó él despues de una breve pausa, doy yo tan poca importancia á los bienes de este mundo, que no estaria muy fuera de sus fuerzas el hacerme consentir en el matrimonio propuesto por mas desigual que parecer pueda.

— Decidme los medios para ganarme vuestro favor, mayor Bridgenorth, porque no puedo dudar que se acuerden con mi honor y mi deber, vereis con cuanta docilidad sigo vuestro dictamen, y con que resolucion suscribo á todas las condiciones.

— Todo se puede resumir en pocas palabras. Sea vm. hombre de bien y amante de su patria.

— Nadie dudo jamas de que yo sea uno y otro.

— Perdone vm., joven, porque hasta el día no ha dado pruebas de ello á nadie. No me interrumpa. No dudo acerca de su buena voluntad de ser hombre de bien, y buen ciudadano; pero todavía no ha tenido vm. ni las luces ni las ocasiones necesarias para probar sus principios y hacerse útil á la patria. Ha vivido vm. en un tiempo de apatía sucesora de la agitacion de las guerras civiles, que ha hecho á los hombres indiferentes con respecto á los negocios públicos, y más inclinados á cuidar de su propia comodidad que á mantenerse firmes en la brecha, cuando el Señor luchaba contra Israel. Pero nosotros somos Ingleses, y un letargo tan poco natural no puede entorpecernos por mucho tiempo. Muchos de los que antes deseaban la vuelta de Carlos Estuardo, le miran ya como un rey que el cielo, importunado con nuestras súplicas, nos dió en su

furor. Su licencia desenfrenada, que ofrece á la disipada juventud de su corte un ejemplo que sigue gustosa, ha disgustado á todos los hombres de juicio y que piensan bien. No le hablaria yo á vm. tan claramente, como lo hago en esta materia, si no supiera que Julian Peveril se ha preservado de la corrupcion del siglo. El cielo que ha dado fecundidad á los amores ilícitos del rey, ha hecho esteril su lecho nupcial, y ya vemos en el caracter sombrío, y severo de su sucesor supersticioso, qué especie de monarca será el que le reemplace en el trono de Inglaterra. Este es un tiempo crítico y el de un deber imperioso para que todos los hombres de bien se adelanten á ponerse en su fila, y para socorrer la patria.

Peveril tuvo presente el aviso que Adelaida le dió y bajo los ojos sin responder.

— ¿Qué significa eso? replicó el mayor despues de un corto silencio. ¿Siendo vm. un joven y no teniendo conexiones, hijas del desenfreno, con los enemigos de su patria, seria vm. tan duro que desconociera los derechos que

tiene ella para hacerle oír su voz en la hora que corre peligro?

— Sería fácil responderos en términos generales, mayor Bridgenorth, sería fácil deciros que no puede llamarme mi patria sin hallarme pronto á responderle, arriesgando mis bienes y mi vida. Pero si nos mantenemos en hipótesis generales, nos engañaríamos mutuamente. ¿Qué llamada es esa? ¿Quien debe hacerla? ¿Cuales deben ser los resultados. Porque yo pienso habeis visto bien de cerca los males de la guerra civil, y que por lo mismo no querreis se renueven los horrores en un pais feliz y tranquilo.

— Son los médicos, quienes deben despertar á los que tomaron un veneno narcótico, respondió el mayor, aunque sea por el son de la trompeta. Mas vale morir como valiente con las armas en la mano, como un Inglés libre, que descender como cobarde á la sepultura pacífica pero vergonzosa, cavada por la esclavitud á sus vasallos. Pero no queria yo hablar de la guerra, añadió el mayor tomando un tono mas suave; los males que actualmente

padece la Inglaterra son de una especie que pueden hallar remedio en la direccion saludable de aquellas leyes aun toleradas. ¿No tienen estas leyes derecho á que las apoyen todos los individuos que viven bajo su imperio? ¿No tienen tambien derecho á exigir de vm. su apoyo?

Callóse, y como parecia esperar respuesta, replicó Peveril:

— Fáltame que saber, señor mayor, como han venido las leyes inglesas á debilitarse tanto, que necesiten de un apoyo tan debil como el mio. Cuando se me haga ver esto, nadie cumplirá de mejor voluntad que yo con lo que se debe á las leyes así como al soberano del pais. Pero las leyes de Inglaterra están bajo la proteccion de jueces integros é ilustrados, y de nuestro benigno monarca.

— Y de una cámara de comunes, añadió Bridgenorth, interrumpiéndole, para quien no es ya la monarquía su ídolo, sino que abrió los ojos, despertada como por el estrépito de un trueno, al oír los peligros que corre nuestra religion y libertad. Apelo á su conciencia de

vm., Julian Peveril, y le pregunto, si la llamada para despertar no se ha hecho con oportunidad, pues que sabe vm. mejor que nadie los pasos apresurados que ha dado Roma en secreto para establecer su dragon de idolatria en nuestra tierra protestante.

Julian viendo en esto, ó pensando ver el punto sobre que recaian las sospechas de Bridgenorth, trató cuanto antes de disculparse, y hacerle entender que él no favorecia de modo alguno la religion católica-romana. — Es cierto, le dijo él, que yo he recibido mi educacion en una familia, donde profesaba esta religion una persona que yo estimo y honro, que asimismo despues de este tiempo he viajado por paises católicos. Pero estas mismas circunstancias son las que me han hecho conocer esta religion demasiado cerca, y por lo tanto me reconozco mas distante de adherirme á sus dogmas. La beatería de los legos, la perseverancia astuciosa de los sacerdotes, sus intrigas eternas para multiplicar las formas de la religion, sin hacer alto de su espíritu; la usurpacion de esta Iglesia sobre los derechos y secre-

tos de las conciencias de los hombres; sus impias pretensiones á la infalibilidad: todo esto no puede menos de pareceros y de parecerme á mí contrario al sano juicio, á la libertad del espíritu y de la conciencia, como tambien á la verdadera religion.

— Eso es hablar como un hijo digno de tal y tan excelente madre como la de vm., dijo Bridgenorth apretándole la mano, y por lo que á ella estimo, he sufrido tanto de su familia de vm., sin tratar de vengarme, aun cuando tenia bien á la mano los medios de hacerlo.

— Es muy cierto, dijo Peveril, que las instrucciones de esta excelente madre me pusieron en estado de resistir, en mi niñez, á los ataques insidiosos que, para desquiciar mi fe religiosa hicieron los clérigos católicos en cuya compañía me hallé por un efecto de la necesidad. Yo espero vivir y morir como ella en la fe de la Iglesia reformada de Inglaterra.

— ¡De la Iglesia de Inglaterra! exclamó Bridgenorth dejando escapar de entre las manos la de su amigo y volviendo á tomarla con presteza. ¡Ah! esta iglesia tal como está en el

dia constituida, no usurpa menos que la de Roma con respecto á la conciencia y libertad de los hombres; mas con todo, de la debilidad de esta iglesia medio reformada, es de donde tal vez querrá Dios hacer salir la completa libertad de la Inglaterra, asegurándose por este medio á sí mismo nuevos tributos de alabanzas. No debo echar en olvido que un hombre que hizo á la buena causa servicios incalculables, lleva los hábitos de clérigo inglés y ha recibido el orden episcopal. No nos toca discutir la eleccion del instrumento, con tal que pueda librarnos de las redes del pajarero. Me basta encontrarte preparado á sacar provecho de la doctrina pura, tan pronto como diere la chispa de la verdad una nueva luz en tu corazon todavía sepultado en las tinieblas. Me basta sobre todo verte dispuesto á dar testimonio, á levantar la voz, y á no transigir con los errores y artificios de la iglesia de Roma. Pero acuérdate de que se te llamará muy pronto á justificar lo que acabas de decir, del modo mas solemne y terrible.

—Como lo que yo acabo de decir no es mas,

respondió Julian, que la expresion de los sentimientos verdaderos de mi corazon, lo confesaré altamente siempre que la ocasion lo requiera, y se me hace muy extraño que podais dudar de ello.

—No lo dudo yo, amigo mio, respondió Bridgenorth, y espero ver colocado tu nombre muy alto entre los de aquellos hombres de bien, que arrancarán la presa de las manos á los poderosos del mundo. Por ahora tus preocupaciones ocupan tu imaginacion, como el guardian de la casa de que habla la Escritura. Pero se presentará otro mas fuerte que él, entrará en ella y tremolará en sus muros aquel signo de fe sin la cual no hay salvacion. Vela, espera, suplica para que llegue la hora.

Se hizo entonces una pausa en la conversacion, y Peveril fué quien primero rompió el silencio.

—Me habeis hablado por enigmas, mayor Bridgenorth, y yo no os he pedido me las expliqueis. Permitidme daros un aviso dictado por el interés mas sincero. Comprended bien lo que voy á deciros por mas oscuras que pue-

dan ser mis palabras. Vos estais aquí, ó se sospecha que estais con designios peligrosos contra el soberano de esta isla; ellos recaerán sobre vos mismo, si continuais aquí mas tiempo. Aprovechaos de este consejo y salid de la isla de Man, cuando todavía teneis tiempo.

— Y confiad vuestra hija á la custodia de Julian Peveril: ¿no es este el fin de su aviso, joven? Fiese vm. en mi prudencia con respecto á mi seguridad, Julian. Estoy acostumbrado á la direccion de mi barco entre escollos mas temibles que los que hoy me cercan. Doy á vm. sin embargo gracias por el aviso; él es franco y aun quiero creerle desinteresado, á lo menos en parte.

— No os separais de mí con resentimiento.

— No, hijo mio, sino como amigo, con un tierno afecto. En cuanto á mi hija, debe vm. no pensar en volver á verla sin mi consentimiento. Ni le prometo ni le niego á vm. su mano. Lo único que deseo advertir á vm. es, que quien piense ser mi yerno debe desde luego mostrarse verdadero hijo, hijo afectuoso de su

pais engañado y oprimido. A Dios, no me respondas por ahora; como todavía estas empapado en la amargura de la hiel, podria suscitarse alguna diferencia entre nosotros, y esto es lo que quiero evitar. A Dios, tú oirás hablar de mí mas antes de lo que piensas.

Dió á Peveril la mano de amigo cordialmente y se retiró dejándole entregado á una sensacion de placer mezclada de duda y sorpresa. No estaba poco admirado de verse bastante próximo al favor del padre de Adelaida, y de que este diese á su amor una especie de fomento tácito; y no pudo menos de sospechar, segun los discursos del padre y de la hija, que Bridgenorth deseaba, en premio de su amistad, adoptase él una linea de conducta, poco de acuerdo con los principios en que le habian educado.

— Nada tienes que temer, Adelaida, se dijo él á sí mismo; si se tratara de tu mano, no querria yo comprarla por una complacencia indigna de mí, y que pareciese aprobar principios que mi corazon no confiesa; yo sé que si fuera tan vil que lo hiciere, la misma

autoridad de tu padre no seria capaz de hacerte ratificar una transaccion tan vergonzosa. Pero concibamos mejores esperanzas. Aunque tenga Bridgenorth un alma fuerte y un juicio ilustrado, se ve agitado por el temor de los papistas, que es el espantajo de su secta; mi morada entre la familia de la condesa de Derby es causa mas que suficiente para infundirle sospechas sobre mi fe; pero, gracias al cielo, yo me glorio de que mi conciencia y la verdad me justifican en esta parte.

Al hacer estas reflexiones ponía el freno á Fairy habiéndosele quitado antes para que pastase mas á placer; tomó luego la brida en la mano, y montando á caballo siguió el camino de Holm-Peel no pudiendo separar de la idea que hubiese sucedido algo de particular en su ausencia.

Presentóse bien pronto el viejo edificio á sus ojos, solitario y sombrío, por encima de las aguas del oceano dormido. La bandera que indicaba residir en su recinto, ú mas bien en sus ruinas, el lor de Man, estaba inmovil y extendido en el aire. Paseábanse los centinelas por

las murallas silbando, ú tarareando canciones nacionales. Julian dejó su fiel caballería en el pueblo donde antes la tomó, entró en el castillo, y halló en su interior el mismo orden y tranquilidad que las apariencias exteriores le habian anunciado.